

Difuntos del Sagrario Metropolitano, al folio 288 reverso, y es como sigue:

«En tres de Mayo del año del Señor de mil setecientos y cinco murió el Ldo. D. Pedro de Avendaño Suárez de Souza, presbítero: recibió los santos Sacramentos. Vivía en la Pilaseca. Se enterró en la casa Profesa, donde estuvo su cuerpo por decreto de S. Exma. Illma. No testó.

Al márgen: «El Ldo. D. Pedro de Avendaño Suarez de Souza.»



LA GRANDEZA MEXICANA, DE
BALBUENA.

—
NOTA BIBLIOGRÁFICA.
—

SABIDO es que el conocido poema del Obispo de Puerto-Rico se publicó por primera vez en México el año de 1604; pero nadie, á mi entender, ha hecho notar que existen dos ediciones de esa fecha, ó á lo menos dos clases de ejemplares de una misma. Comenzaré por describir el que tengo á la vista, perteneciente á nuestro colega el Sr. D. Francisco del Paso y Troncoso.

El libro es en 8.º antiguo español, letra romana y cursiva. Su portada orlada dice así:

GRANDEZA | MEXICANA | DEL BA.

CHILLER BER-|nardo de Balbuena, |DI-
RIGIDA AL ILVS-|trifisimo y Rcuercendif-
simo Don Fr. |García de Mendoza y Zuñi-
ga |Arcobispo de Mexico Del |cosejo de su
Magestad. |✠ |CON PREVILEGIO. |En
Mexico Por Melchior Ocharte, |Año De. 1604.

La vuelta de la portada es blanca. La foja siguiente está ocupada con la dedicatoria del autor al Arzobispo. A continuación viene el prólogo *Al Lector* que ocupa 3 págs., y en otra está la *Suma de la Licencia*, que son dos, una del Virrey y otra del Arzobispo. En las tres fojas siguientes se contienen seis elogios al autor, á saber:

1.º Un soneto de D. Antonio de Saavedra y Guzmán, el autor del *Peregrino Indiano*.

Esta es grandeza que de las grandezas
Muestra el trasunto al vivo dibujado,
Con esmalte tan rico y estimado
Que evidentes descubre sus proezas.

Allí de ambas á dos naturalezas
Se ve el pincel tan propiamente dado,
Que del cielo y el suelo se ha sacado
El tesoro mayor de sus riquezas.

Bernardo de Balbuena es quien ha sido
Nuestro divino Apeles ilustrando
Los tesoros que México escondía.
Ciña su frente el monte esclarecido
Y todo este su nombre celebrando
Desde do nace adonde muere el día.

2.º Otro de D. Lorenzo Ugarte de los Ríos, Alguacil mayor del Santo Oficio.

Sea México común patria y posada,
De España erario, centro del gran mundo,
Sicilia en sus cosechas, y en yocundo
Verano, Tempe su región templada.

Sea Venecia en planta, en levantada
Arquitectura Grecia, sea segundo
Corinto en joyas, en saber profundo
París, y Roma en religión sagrada.

Sea otro nuevo Cairo en la grandeza,
Curiosa China en trato, en medicina
Alejandría, en fueros Zaragoza.

Imite á muchas en mortal belleza,
Y sea sola inmortal y peregrina
Esmirna que en Balbuena á Homero goza.

3.º Otro del Lic. Miguel de Zaldiverna de Mariaca.

Espíritu gentil, luz de la tierra,
Sol del Parnaso, lustre de su coro,
No seas más avariento del tesoro
Que ese gallardo entendimiento encierra.

Ya Erifile fué á España: desencierra
De ese tu Potosí de venas de oro
El valiente Bernardo, y con sonoro
Verso el valor de su española guerra.

No te quedes en sola esta Grandeza,
Danos tu universal Cosmografía
De antigüedades y primores llena:
El divino Christiados, la alteza

De Laura, el arte nuevo de poesía,
Y sepa el mundo ya quién es Balbuena.

4.º Otro del Dr. D. Antonio Avila de la
Cadena, Arcediano de la Nueva Galicia,

No resonaran, no, las selvas tanto
Ni del hijo de Anquises se supiera,
Si el Mantuano Títilo no hubiera
Celebrado su nombre en dulce canto.

Y si de Homero el numeroso encanto
Con que á su Grecia alaba no se oyera,
Menos del bravo Aquiles conociera
Lo que hoy adora el mundo con espanto,

México, tu grandeza milagrosa
Ya queda del olvido y de su llama
Más segura que en láminas de acero.

Por mil edades vivirás gozosa,
Pues si de Italia y Grecia hoy hay tal fama,
Balbuena es ya tu Títilo y tu Homero.

5.º Otro del Lic. Sebastián Gutiérrez Ran-
gel.

Cisne de los remanso de Caistro,
No digo yo que cantas cuando mueres,
Sino cuando vivir más vida quieres
Que el que sesga el Meandro y bebe el Istro.

De la inmortalidad en el registro
Nombre de grande en tu grandeza adquieres,
O eres disimulado Apeles, ó eres
En el saber un nuevo Trismegístro.
Grandeza á tus grandezas añidiste

Con la que hoy de tu ingenio se derrama;
De México es la voz, tuyo el sentido.

De un hombre bueno á otro mejor subiste,
Hijo inmortal del tiempo y de la Fama,
Encantando á las ondas del olvido.

6.º Cuatro quintillas de Francisco de Bal-
buena Estrada, hermano del autor.

Llegó aquí un hidalgo un día,
Persona grave y anciana,
Que por gran cosa traía
Un librillo que decía
La Grandeza Mexicana.

Vino á mí de mano en mano,
Y en oyendo el cortesano
Estilo, dije: Parad
Y decidme ¿esa deidad
Es de Homero ó de mi hermano?

No sé, mas de polo á polo,
Dijo, es bien que esta voz suene,
Que es de mi patria el Apolo,
Y ella mayor por él solo,
Que por cuanto sin él tiene.

Fué dicho sabio y profundo,
Y yo en lo mismo me fundo
Para sólo me preciar
De quien ha podido honrar
La mejor ciudad del mundo.

El frente de la foja 8 es blanco, y á la
vuelta se ve el retrato del autor, toscamen-
te grabado en madera, dentro de un óvalo

y rodeado de adornos. Arriba está la Fama, con su respectiva trompeta, y un listón donde se lee: *Summa laboris habet*. En el marco del óvalo, el nombre del autor *Bernardo de Balbuena*. Abajo un escudo de armas. Fuera del cuadro en que está encerrado todo esto hay al pié una línea de caracteres móviles.

✠ *Nobilitas sola est atq, unica virtus.*

Las ocho hojas preliminares carecen de numeración.

En el folio 9 comienza una epístola "Al Dr. Antonio de Avila y Cadena, Arcediano de la Nueva Galicia, el Bachiller Bernardo de Balbuena." Concluye en el fol. 40; pero en realidad no ocupa 32 fojas, sino 41, porque los folios 33 á 40 están repetidos, y este último otra vez más. En tres fojas sin numerar está una *Introducción* de letra cursiva. Sigue el texto del poema, desde el folio 61 al 119. Parece faltar algo entre la introducción y el poema, porque no hay pliego H, y las hojas que anteceden al folio 61 son 52; pero ya veremos que otro ejemplar presenta la misma particularidad.

Al texto del poema sigue un *Compendio Apologético en alabanza de la Poesía*. Ocupa del folio 120 al 140, último del libro.

Veamos ahora la descripción de otro

ejemplar perteneciente á la riquísima Biblioteca Carter Brown, en Providencia (Estados Unidos). Tuvo la bondad de comunicármela el Sr. D. Juan Nicolás Brown, hijo mayor del finado poseedor.

Un adorno á la cabeza de la página.

Grandeza Mexicana | DEL BACHILLER BERNAR- |do de Balbuena— |Dirigida |Al excelentissimo don Pedro Fernàdez |de Castro, Conde de Lemos, y Andrade, Marqués de Sarria, y Pre- |sidente del Real Consejo de Indias &c. |CON LICENCIA |EN MEXICO. |✠ En la Emprenta de Diego Lopez Dávalos. ✠ | Año de 1604.

En 8. Blanca la vuelta de la portada, y siguen otras trece fojas preliminares, que contienen:

Frente de la 1.^a "I. D. LVDOVICI DEL RIEGO |Mendoza, preclarissimi Doctoris Filij Didaci del |Riego. . . ." 4 líneas en todo: un gran escudo de armas, y abajo cuatro líneas en verso, letra cursiva.

Vuelta de la 1.^a foja: "¶ AL EXCELENTISSIMO |Conde de Lemos y Andrade, Marqués de |Sarria, Presidente del Real Consejo de Indias |El Bachiller Bernardo de Balbuena. |ELOGIO. |" En verso, y acaba en el frente de la foja 7.

Vuelta de la 7.^a foja: "¶ ESTAS ADVERTENCIAS | eran márgenes de las cancio-

nes. y por no caer en | ellas se pasaron aquí, para que se entien- | dan con más facilidad." Acaban en la vuelta de la foja 8^a.

Frente de la 9.^a "AL LETOR": termina en el frente de la f.^a 10^a. Desde la 9.^a en adelante se corresponden ya exactamente los ejemplares, inclusa la falta del pliego H.

Parece indudable que los primeros son los que llevan el nombre de Ocharte. Inclinan á creerlo así varias circunstancias, aún en la parte material. La dedicatoria al Arzobispo hace juego con la canción *Divina Garza* en honra suya, y con los extensos comentarios á la misma, en que se hallan á cada paso nuevos elogios. En los ejemplares de López Dávalos desapareció de la portada el nombre del Arzobispo, y al mismo tiempo la hoja de la dedicatoria. Ni Balbuenani nadie había de atreverse á eso viviendo y gobernando el prelado. Creo que cuando este falleció en Octubre de 1606 aún quedaban ejemplares de la edición; y como faltaba ya Mecenas á la obra, hubo de buscársele otro en la persona del Conde de Lemos, conocido protector de literatos. Para esto fué preciso reimprimir algo de los preliminares; y si no se hizo en la casa de Ocharte fué porque ya no existía. En efecto, no conozco libro suyo posterior á 1604. Con esto queda dicho que Dávalos imprimió los nuevos pre-

liminares después de 1606, aunque se conservó en la portada la primitiva fecha de 1604.

Si buscamos pruebas materiales de que la edición fué una sola, hallaremos que los ejemplares van enteramente conformes en todo desde la foja en que comienza el prólogo *Al Letor*, la cual lleva en ambos la signatura A 3, que conviene á los ejemplares de Ocharte en que esta foja es la 3.^a y no á los de Dávalos en que pasó á 10.^a, inclusa la portada. El texto comienza en la foja numerada 9, signatura B, y esto conviene asimismo á los primeros ejemplares, porque hay antes ocho fojas sin numerar: en los segundos hay catorce. Para la intercalación de 6 fojas que hizo Dávalos tuvo que añadir signaturas, como lo expresa el Sr. Brown.

Esta primera edición, en cualquiera de las dos formas, es sumamente rara. No se registra en el riquísimo *Catálogo* de Salvá, ni apareció en la venta del Sr. Ramirez. La tuvo el Sr. Andrade (núm. 3862) y se vendió en Leipsic con todo lo demás.

El citado *Catálogo* de Salvá habla de una edición de 1609 con referencia al prólogo del *Bernardo*, reimpresión de Sancha. No encuentro otra mención de ella, y tal vez esa fecha sea simplemente una errata.

Extraño es que ninguna de las obras de Balbuena lograra una reimpresión en más de dos siglos. Parecía que la *Grandeza*, por su breve volumen y su interés local, pudiera haber encontrado fácilmente un editor en México; mas no fué así. A mediados del pasado siglo decía Eguiara: «Rarus est liber cujus vix tria vidimus exemplaria, e quibus unum penes nos esse nobismet gratulamur, optantes curantesque etiam ut iteratis typis usui esse multis possit.» El deseo y el proyecto de Eguiara no se realizaron.

Tanto cuanto fué olvidado en los pasados tiempos el poemita de Balbuena, se vió favorecido en el siglo que corre; pero con mala suerte, porque si bien se cuentan de él cinco ediciones, en ninguna ha vuelto á aparecer con todos los agregados que plugo al autor ponerle.

La Real Academia Española fué la primera que se acordó de él para colocarle como añadidura á la edición del *Siglo de Oro*, que hizo en 1821; pero de los agregados no nos dió más que la dedicatoria, la canción *Divina Garza* en loor del Arzobispo, el prólogo y la breve introducción. Quedaron fuera los elogios al autor, los comentarios á la canción, y el *Compendio Apolo-gético* en alabanza de la Poesía.

La casa Lanuza, Mendia y Ca, de Nueva York, reprodujo allí en 1828 la edición de la Academia, con una breve introducción de los editores, en un tomo de 110 páginas en 16°.

Oigo de otra edición de 1829, en 16.º también, con VIII y 82 páginas, impresa en Madrid por D. Miguel de Burgos, que no he llegado á ver. Hállase mencionada en los Catálogos de Rætzel, ó sea Ternaux-Compans (núm. 1699), de Andrade (núm. 3863) y de Ramírez (núm. 956). Un ejemplar aparece de venta en el *Boletín de la Librería* (Madrid), Año IX, pág. 42, y otro Año XIV, pág. 24.

Igual tamaño, número de fojas, lugar y nombre de impresor encuentro en una edición que tengo con la fecha de 1837, y calificación de *Cuarta*. Le precede una advertencia del editor anónimo donde expresa que hizo la impresión con dos fines: 1.º facilitar la lectura del libro á poco costo, y 2.º «lisonjear algún tanto el orgullo español. . . . «patentizando más y más los beneficios inenarrables que debe aquel continente á su «metrópoli:» tema que desempeña en seis páginas. Es también copia de la edición académica, y tal vez la misma de 1829, con cambio de portada.

Mala fama, y no inmerecida, alcanzan las

ediciones hechas en *folletines* de periódicos mexicanos; mas es justo hacer una honrosa excepción en favor de las que dió *La Sociedad*. El año de 1860, en un cuaderno de á 4.º con 101 páginas, salido de las prensas de Andrade y Escalante, publicó aquel periódico la *Grandeza Mexicana*. Contiene ese cuaderno la dedicatoria, la introducción, y por vía de Apéndice el trozo de la carta al Dr. Ávila y Cadena en el que el autor refiere los certámenes literarios en que tomó parte, é inserta las composiciones que le fueron premiadas en ellos. La edición es correcta, y pocas las variantes de alguna importancia que se notan en el texto del poema, comparado con la edición *princeps*, de Ocharte.

De esta exposición resulta que no ha vuelto á imprimirse completo el librito de Balbuena. Todas las remipresiones se han hecho por ejemplar de Ocharte, pues tienen la dedicatoria al Arzobispo. En ninguna se encuentra el elogio del Conde de Lemos ni sus *Advertencias*.

Beristain insertó en su *Biblioteca*, no sin variantes, los elogios del Lic. Zaldiverna, del alguacil mayor Ugarte de los Ríos, del arcediano Ávila Cadena, y del hermano del autor.

En el *Ensayo de una Biblioteca Español-*

la de Libros raros y curiosos, formado por los Sres. Zarco del Valle, y Sancho Rayón con las papeletas de D. Bartolomé José Gallardo (obra que es gran lástima no tengamos concluida) se copia el principio del prólogo y el soneto de Zaldiverna. Refiriéndose á la carta dirigida al arcediano, dice Gallardo: «Contiene unos versos al nuevo Arzobispo de México (la canción *Divina Garza*) con una prolija é impertinente glosa al gusto de las del *Polifemo*, rebutida de citas y latinajos.» No diré que la erudición, aunque grande, que Balbuena ostenta en esa epístola venga siempre á cuento: la canción es tan embrollada como de mal gusto, y la *glosa* no se le queda atrás en ese punto; pero la mayor parte de las citas latinas son de la Escritura, Santos Padres y autores clásicos, de modo que, bien ó mal traídas, no merecen la calificación de *citotas y latinajos* que les aplica el acerbo crítico. Hay la particularidad de que con raras excepciones las traduce todas Balbuena en prosa ó verso, según sea el original.

Copió también Gallardo unos trozos del discurso en defensa de la poesía. También los pondremos aquí, tomándolos del original, porque la *Biblioteca de Libros raros* no es común entre nosotros.

«Bien sé que hasta ahora casi toda la poe-

sía española no es más que una pura fuerza de imaginación, sin ir enfrenada y puesta en medida y regla con las que el arte de su facultad pide, no sé si por la depravación del tiempo, que gusta de novedades; pero si alguna saliere con las condiciones que la razón pide, no sé yo por dónde lo será barajarla con las demás. Pues en lo que el tiempo, después de acribadas sus cosechas y apartada la paja del grano le ha dejado por suyo, digno es de mucha veneración y respeto; y si no basta para conocerlo pasar los ojos por la grandeza de espíritu, elocuencia y profundidad de misterios (*misteriosos?*) conceptos y sentencias de tantos poetas latinos y griegos, valga á lo menos la autoridad y crédito del gran Basilio, que en su persuasoria *ad Népotem* afirma que todas las ficciones de Homero y de los otros poetas griegos no son otra cosa que unos agudísimos estímulos á la virtud, y así en la florida antigüedad de aquella nación á solos los poetas llamaban sabios. . . .

«La elegancia de las palabras, la propiedad de la lengua, las suaves y hermosas traslaciones, los modos agudos, galanos y nuevos de decir, la copia, abundancia, claridad, altivez, el delicado estilo, lo ordinario y común dicho por modo particular y

extrordinario, y lo que es más, las cosas extraordinarias, nuevas y difíciles por modo ordinario y fácil, todo es de la jurisdicción del poeta, que tiene obligación á ser general y cursado en todo, en prosa y en verso, en uno y en otro género, y que en todo haga y diga con eminencia y caudal. Ni piense nadie que una copla sin alma, un soneto soñado, un romance sin él le ciñe de laurel la frente y le dá corona inmortal y nombre de poeta. . . .

«Ha sido y es la poesía desde el principio del mundo alegría y solaz suyo. Tan agradable y dulce, que con su deleite armónico concierta el ánimo y le entretiene, compone el espíritu, mitiga la ira, alivia los trabajos, acompaña la soledad, y como dice Macrobio, despierta la virtud, recrea los miembros humanos; las aves la gorjean los cisnes la cantan, las tórtolas la arrullan, las calandrias, los ruiñeños, los sirgueros, los canarios y pardales, todos la gargantean y contrapuntan. A todos deleita y agrada: á los delfines en la mar, á los caballos en la guerra, á los caminantes por los desiertos, al pastor tras el ganado, al marinero en el timón, al pescador entre sus redes, al oficial en sus tareas, al regalado en sus convites, á la monja en su clausura, á la doncella en su labor, al galán en su

devaneo, al religioso en su coro, á todos hacè compaña, á todos regala y consuèla, á todos agrada y levanta el espíritu . . .

«¿En qué parte del mundo se han conocido poetas tan dignos de veneración y respeto como en España? Gran cosa fueron Lucano, Séneca, Marcial, Silio Itálico y otros en aquellos antiguos siglos, pues hasta los de ahora resplandecen. Pero en los modernos, quién no sabe cuán famoso fué el rey D. Juan el Segundo, el Príncipe de Viana D. Carlos, rey que esperaba ser de Navarra, el Almirante de Castilla, el gran Duque de Alba, el de Medina, el de Sesa, el de Gandía, el de Osuna, el Marqués de Santillana, Boscán, Garcilaso y Castillejo, D. Fernando de Acuña, D. Juan de Almeida, D. Lope de Salinas, D. Diego de Mendoza, el Marqués de Cerralvo, el de Tarifa, el de la Adrada, el Príncipe de Fez, el valeroso Conde de Salinas, el de Villamayor, el de Portalegre, D. Juan de Tarsis, D. Gaspar Mercader, caballero valenciano, el agudísimo D. Luis de Góngora, D. Félix Arias Girón, D. Gonzalo Pacheco, D. Lorenzo de Mendoza, D. Mateo Pérez de Cárdenas, D. Jerónimo Cortés, D. Felipe de Albornoz, el gran D. Alonso Ercilla y Zúñiga, más celebrado y conocido en el mundo por la excelencia de su poesía que por

la notoria y antigua nobleza de su casa y linaje; y en nuestros occidentales mundos el gran cortesano D. Antonio de Saavedra y Guzmán, los acabados ingenios de los dos Carlos, uno de Sámano y otro de Arellano, Mariscal de Borobia, el discreto D. Rodrigo de Vivero, el estudioso D. Lorenzo de los Ríos y Ugarte, que con heroica y feliz vena va describiendo las maravillosas hazañas del Cid. Y finalmente, por echar la llave de oro á este discurso, y la suma estimación y honra á esta divina academia de sabios, son también de ella los ínclitos y soberanos Marqueses de Montesclaros, padre y hijo, lustre y gloria de la nación española, el prudentísimo conde de Montrerey, el sin igual conde de Lemós, divinos polos sobre que se revuelve y estriba la gran máquina de estos últimos imperios de la tierra . . .»

La parte relativa á los certámenes es importante para la historia de nuestra literatura. Copiaré aquí solamente el principio, dejando las composiciones premiadas, por no alargar más este escrito.

«Fué Delfos un museo y academia de Apolo donde tenía el más famoso oráculo de sus adivinanzas y la conversación ordinaria con las Musas. Y en esta ciudad en correspondencia de esto, por particular in-

fluencia y benignidad de cielo, tiene los mejores espíritus y más floridos ingenios que produce y cría el suelo. Y porque Delfos nos ha ocasionado á esta materia, y el estar fundada en el Parnaso, á tratar de la facultad poética, que es como una influencia y particular constelación de esta ciudad, según la generalidad con que en su noble juventud felicísimamente se ejercita. Dejando ahora para otra ocasión el tratar menudamente sus partes, preceptos y reglas, que pide más desocupación y estudio, porque se conozca el ordinario ejercicio que en ella hay desta curiosidad y letras, pondré aquí, como de paso, tres cartas que siendo colegial de uno de sus colegios me premiaron todas en primer lugar en tres justas literarias que hubo durante el tiempo de mis estudios; y aunque para V., que fué testigo y de los más aprobados de aquel tiempo, sea superfluo renovar estas memorias, no lo será quizá á los que llegaren á verlas de nuevo. Quiero contar una grandeza digna de ser admirada, que ha habido justa literaria en esta ciudad donde han entrado trescientos aventureros, todos en la facultad poética ingenios delicadísimos, y que pudieran competir con los más floridos del mundo. La primera de mis composiciones se premió en la fiesta de Corpu

Christi, en presencia de siete obispos que á la sazón celebraban Concilio Provincial en esta famosa ciudad en compañía del Illmo. D. Pedro Moya de Contreras, Arzobispo de ella. Pidióse una carta en que Cristo consolase al alma en la ausencia que hacía del mundo desta manera. . . . »

La segunda composición, "explicando en redondillas la letra del Salmo 136 que empieza *Super flumina Babylonis*" le fué premiada el día de la Asunción de Nuestra Señora, "en una famosa fiesta que se hizo al Marqués de Villamanrique, Virrey de esta Nueva España."

La tercera carta "fué algunos años después escrita á la Majestad del Rey Filipo II, en agradecimiento de haber enviado á esta ciudad por su Virrey al Illmo. D. Luis de Velasco, tan deseado de ella, y que con tanta prudencia y gloria suya la gobernó."

Premiáronle también en primer lugar la «exposición de una empresa de tres Diademas, y siete letras sobre ellas, que decían *Alegria*.»

En lo demás no faltan pasajes de cierto interés para nosotros, como estos:

«El ordinario lenguaje de esta ciudad es el más cortesano y puro, el más casto y medido que usa y tiene la nación española, haciendo sus ingenios, así en esto como en

lo demás, conocida ventaja á los más famosos del mundo.»

Hablando de Argos y de sus famosos caballos, dice que aunque por ser aquella ciudad seca y sin más agua que la de un pozo, no se pueda comparar á México donde tanta sobra, por la excelencia de sus caballos merece este lugar, y México el primero en lo que hoy se conoce, de más y mejores en presencia, brío, gala y hechuras.»

Curiosa muestra de las traducciones de Balbuena es la que hizo de unos versos del *Arte Poética*, de Jerónimo Vida. Comenzó por imprimirlos así:

*Nec jussa canas, nisi forte coactus
Magnorum imperio regum et
Omnia sponte sua, quæ nos elegimus ipsi
Proveniunt, duro assequimur vix jussa labore.*

Y tradujo:

No cantes cosas que otro te demande,
Sino en ocasión propia, ó compelido
De que algún grande príncipe lo mande.
En lo que por nosotros fué eligido
Todo se vuelve fácil, y al contrario
Lo que nos mandan duro y desabrido.

El original dice:

...Nec jussa canas, nisi forte coactus

Magnorum imperio Regum; si quis tamen us-
(quam est

Primores inter nostros qui talia curet.
Omnia sponte sua, quæ nos elegimus ipsi,
Proveniunt: duro assequimur vix jussa labore.

D. Gaspar Bono Serrano tradujo de este modo:

Nunca admitas poéticos encargos,
A no obligarte con mandato expreso
Poderoso monarca, si hay alguno
Que ame la Poesía en estos tiempos,
Cuanto por propia inspiración nosotros
Resolvemos cantar es hacadero;
Mas argumentos de elección ajena
Llenar no es dado á superior esfuerzo.

No sé si Balbuena, como buen cortesano, se dejaría fuera el *si quis tamen...* para no ofender á los magnates de su tiempo favorecedores de la poesía, ó sencillamente por considerarle ajeno á su intento: de todos modos, no tenía derecho á mutilar el texto destruyendo la medida de los versos.

No es el único ejemplo del poco escrípulo con que citaba.

A este pasaje precede un soneto que no dice Balbuena que sea suyo, sino que parece hecho para regla y medida de los muchos largos y cortos que en esto ha dado la ignorancia. Hélo aquí:

Quien ser poeta de valor procura,
Por solo regalar su entendimiento,
Váyase en la Poesía con gran tiento,
Que el laurel tiene un ramo de locura.

Siga con discreción senda sigura,
Ajustándose siempre á su talento;
Mire que es la Poesía un dulce viento
Que desvanece al de mayor cordura.

No se haga común, que es torpe cosa,
Ni trate siempre en coplas, que es bajeza;
Haga pocas, y á honradas ocasiones.

Que esta tal poesía es generosa
Y esotro coplear propia torpeza
De groseros ingenios macarrones.

La epístola al arcediano concluye así:
«Estas apuntaciones me parece que bastan
por no dilatar más el discurso, y que se pueda
imprimir con los otros sin crecer demasiado
el volumen y costa, que es grande la que aquí
se hace en esto, y sin esperanza de gozar el
fruto de ella más que este estrecho y pequeño
mundo de por acá que aunque de tierra
grandísima es de gente abreviado y corto,
y fuera de esta rica ciudad, casi de todo
punto desierto y acabado en lo que es trato
de letras, gustos, regalos y curiosidades
de ingenio, por haber tiranizado las granjerías,
y codicia del dinero los mayores pensamientos
por suyos. Y así los demás trabajos míos,
si algún día, como estos

merecieren salir á la luz, será gozando de
las comodidades de España, enviándolos
allá ó disponiéndome yo á llevarlos. Entre-
tanto quiero que esta sombra y ademán de
cosa vaya á descubrir tierra y ver el acogi-
miento que el mundo le hace».

Cumplió Balbuena su propósito, porque
aun cuando tenía escritas otras obras, ya no
publicó aquí ninguna. El *Siglo de Oro en
las Selvas de Erifile* se imprimió en Ma-
drid, en 1608, y le siguió *El Bernardo*, im-
preso allí en 1624. La fecha de la primera
de estas obras nos da á conocer aproxima-
damente la del regreso del autor á su pa-
tria. Hemos visto que los cambios hechos
en los preliminares de la *Grandeza* han de
ser posteriores á la muerte del Arzobispo
ocurrida en Octubre de 1606, y los haría
Balbuena al disponer su viaje á España,
donde quería presentar su libro al nuevo
Mecenas, el Conde de Lemos, entonces pre-
sidente del Consejo de Indias. Envío por
delante el *Siglo de Oro*, cuya dedicatoria al
mismo Conde firmó en Madrid el 31 de Oc-
tubre de 1607. El viaje de regreso debió de
verificarse en los meses anteriores de ese
mismo año.

El soneto laudatorio del Lic. Zaldierna es
como un catálogo de las obras de Balbue-
na. Además de las tres impresas se men-

cionan otras que quedaron inéditas y se tienen por perdidas: la *Cosmografía Universal*, el *Christiados*, «la alteza de *Laura*» y el *Arte Nuevo de Poesía*. Conjetura la Real Academia Española que los holandeses robarían esos manuscritos en la invasión de Puerto-Rico, de que era obispo Balbuena, pues consta que saquearon el palacio episcopal.

Se ha acusado á nuestro autor de haber exagerado al extremo las grandezas de la ciudad de México. Es muy posible que el arrebató poético le haya hecho avivar los colores de la pintura; pero si registramos los libros coetáneos ó poco posteriores, vendremos, en conocimiento de que abundan las riquezas y las «ocasiones de contento,» como él dice, porque aquella gente era sobrado alegre y regocijada, amiga del lujo y de los placeres. Las fiestas eran frecuentes, y la alegría gustaba de echarse á la calle, donde el pueblo disfrutaba de los vistosos festejos á que se prestaban los trajes y costumbres de aquel tiempo. El lujo era sostenido por los virreyes, grandes señores siempre, y la nobleza seguía su ejemplo con tal fervor, que solía necesitar de freno. La ciudad, aunque no fuese hermosa conforme á lo que hoy se pide, lo era para aquel entonces, y recogía en su seno las riquezas

que recibía de Oriente y Occidente por uno y otro mar. Por más que Balbuena ponderara, no había de fraguar lo que no existía. Así es que la *Grandeza* no tan sólo debe estimarse por lo que valga como poema, sino también como documento histórico, usándole con las precauciones debidas.

En resúmen, por más indigesta que sea y ajena al gusto reinante la erudición de las piezas en prosa que Balbuena agregó á su *Grandeza Mexicana*, haría bien México en conservarlas mediante una nueva edición, para no perder nada de cuanto dió á luz aquel claro ingenio, criado y educado entre nosotros, y que, como dice Beristain, aquí escribió sus obras, y aquí aprendió á decir arrogantemente en su *Bernardo*:

«A alcanzar con mi pluma á donde quiero,
«Fuera Homero el segundo, yo el primero.»

Octubre, 1886.

ADICIÓN.

Después de escrito (y aun publicado) lo que precede, he tenido ocasión de recoger alguna otra noticia tocante á la «*Grandeza Mexicana*» de Balbuena.

El Sr. Brown se sirvió mandarme copia, de la Canción en loor del Conde de Lemos, á que hice referencia en la pág. 193. Va precedida de un elogio al autor y al Mecenas que ocupa el frente de la hoja inmediata á la portada. Dice así:

L. D. Ludovici del Riego | Mendoza; pre-
clarissimi Doctoris Filij Didaci del | Riego
in Mexicana Curia regalis Senatús, | dignis-
simi Præsidis.

Sigue un escudo de armas, y debajo de él estos versos:

Nec plus ingenti, neque in his est versibus ultra.

Nec plus ultra illis addere Apollo potest.

Plus ne honoris erit, neque in his Magnatibus ultra.

Nec plus ultra illis addere Fama potest.

En la pág. 193 copié ya el título de la Canción. Esta es demasiado extensa para reproducida aquí: consta de diez y siete estancias de á diez y seis versos y un remate de ocho. Comienza de este modo:

Si al grave curso del feliz gobierno,
En que de un nuevo mundo la gran masa
Con tu saber y tu grandeza mides,
El paso cortas y el fervor divides,
Y un pecho tan prudente como tierno,
Da alivio al tiempo, á los cuidados tasa:
Nuevo Mecenas, gloria de la casa
Más noble y más antigua
Que España en sus archivos atestigua;

Pues siglos vence y las edades pasa,
Pase tambien, y crezca como espuma
Mi humilde hiedra que en su excelso muro
Busca arrimo seguro,
Donde ni la marchite ni consuma
El invidioso aliento que procura
Manchar el sol y hacer su lumbre oscura.

Y acaba:

Yo cantaré de tu español Bernardo
Las antiguas victorias y hazañas
De aquel siglo furor, del nuestro espanto,
Y en honra de su espada y de mi canto,
Mientras en veloz curso y brío gallardo
Vence las aventuras más extrañas,
Y á León humilla las francesas sañas,
No habrá golpe de afrenta,
Grandeza, antigüedad, pecho de cuenta
Que allí no suene de ambas las Españas.
Y celebrando asombros y portentos,
Y á tí por mi Mecenas,
En aulas de oro y de carbuncos llenas,
Deste árbol hallarás los fundamentos,
Y arrimada ya á él mi humilde rama,
Mío será el pregón, tuya la fama.

Y tú, canción, que donde muere el día
De España, en son perfeto
Naciste, ve á los pies del más discreto
Príncipe ilustre que en sus cortes cría;
Y allí con las grandezas del sujeto
(Si todo no lo pierdes por ser mía)

Le ruega admita ya este amago tuyo
Por muestra de mi amor, y á mí por suyo.

Siguen, en tres páginas las «advertencias» ó notas á la canción, de que hablé en el lugar citado.

Pág. 197 mencioné, solamente de oídas, una edición de 1829, que he adquirido posteriormente. Conjeturé que esa y la de 1837 serían una misma, cambiada la portada. En efecto, el texto es de una sola edición; pero el cambio no se limitó á la portada, sino que se extendió á las cuatro hojas preliminares, es decir, al prólogo del editor anónimo, en que se notan curiosas mudanzas. Las ediciones de la «Grandeza Mexicana» coincidían con los sucesos que llamaban la atención pública hacia México. La de 1829 corresponde á la expedición de Barradas; la de 1837 al reconocimiento de la independencia, y los prólogos se acomodaban á las circunstancias. Ambos llevan por fin contraponer la felicidad de que gozaba México bajo la dominación española, y la desgracia en que había caído por haber proclamado la independencia. Pero en el de 1829 hay frases duras y negros colores. El editor se lisonjeaba de que por la amarga experiencia de tantos males, *tal vez* esos hijos pró-

digos volverían «humillados y arrepentidos á la casa paterna, clamando á los piés del clemente Fernando: *Señor, hemos pecado contra el cielo y contra tí: ya no somos dignos de ser llamados tus hijos: trátanos como á jornaleros tuyos.*» Y remontándose en alas de la fantasía, prosigue: «Oh! Si este día llegara, ¿que haría entonces el enterrecido monarca? ¿Qué? lo que hizo el Padre de familias, y hacen todos los padres: celebrar banquete y regocijo por haber vuelto á abrazar á los hijos que lloraba perdidos.» En 1837, reconocida ya la independencia, aquella ilusión debía parecer, por lo menos, ridícula, y al poner en circulación los ejemplares rezagados fué forzoso suprimir el tal prólogo y poner otro en que se emplean frases más templadas, y aún compasivas, para reseñar los males que México sufría, concluyendo con esta exclamación: «¡Envanecimiento glorioso para España, *si la madre pudiera ser indiferente á las calamidades de sus hijos!*» La pintura de la antigua felicidad se comprueba con las descripciones de Balbuena; y hé aquí cómo la pacífica «Grandeza Mexicana» vino á convertirse en folleto político de circunstancias, ó cosa parecida, lo cual asombraría no poco á su autor, si resucitara.

Septiembre, 1887.



FRANCISCO DE TERRAZAS

Y OTROS POETAS DEL SIGLO XVI.



UIÉN no ha leído el elogio que Miguel de Cervántes Saavedra hizo de los poetas de su tiempo en el *Canto de Caliope*? Allí habrán visto mis lectores estas dos octavas en loor de dos ingenios americanos, uno de los cuales es nuestro:

«De la región antártica podría
Eternizar ingenios soberanos,
Que si riquezas hoy sustenta y cría
También entendimientos sobrehumanos.
Mostrarlo puedo en muchos este día,
Y en dos os quiero dar llenas las manos:
Uno de Nueva España y nuevo Apolo,
Del Perú el otro, un sol único y solo.
«Francisco el uno de Terrazas tiene
El nombre acá y allá tan conocido